

por sí, bajo su responsabilidad personal, los comisionados de la Tesorería. Después imaginó privar al Directorio del derecho de establecer el orden con que debían pagarse las libranzas, y propuso asimismo que no se pudiese exigir adelantos sobre los fondos que debían ingresar en las cajas de los departamentos. Queríase además que pasasen á la Tesorería todas las asignaciones libradas ya sobre fondos anticipados, y que ésta los comprobase y pagara á su vencimiento, lo cual interrumpía y anulaba las operaciones concluidas. Propuso además hacer obligatoria la distinción establecida entre los dos conceptos de gastos é ingresos, exigiendo que el gasto ordinario se saldase con el ingreso ordinario también y las atenciones extraordinarias con las rentas del mismo carácter; medida funesta en un momento en que era preciso cubrir las atenciones urgentes con los primeros fondos disponibles. A todas estas proposiciones agregó una última, más peligrosa todavía que las precedentes. Acabamos de decir que como los bienes se vendían con lentitud, anticipábase sobre su venta, entregando bonos que debían recibirse en pago de su valor: los contratistas se contentaban con ellos y negociabanlos después entre los compradores. Cierta que este papel competía con los bonos de *las tres cuartas partes* entregados á los censualistas, disminuyendo el valor por la competencia; y bajo el pretexto de proteger á los infelices censualistas contra la avidez de los proveedores, la comisión propuso no permitir que los bienes nacionales pudiesen ser pagados con dichos bonos.

Todas estas disposiciones fueron adoptadas por el consejo de los Quinientos, cuya mayoría, ciegamente precipitada, no observaba ya medida alguna: eran desastrosas, y amenazaban interrumpir todos los servicios. El Directorio, en efecto, no pudiendo negociar ya á su antojo los valores que tenía entre manos, fijar el orden de los pagos según la urgencia de los servicios, anticipar en un caso apurado sobre los fondos no ingresados, tomar de lo ordinario para lo extraordinario y emitir en fin á su voluntad un papel pagadero en bienes nacionales, veíase privado de todos los medios que le habían permitido vivir hasta entonces y proveer á las necesidades más urgentes, ya que no podía satisfacerlas todas. Las medidas adoptadas, muy buenas para establecer el orden en tiempo de paz, eran desastrosas en aquella situación. Los constitucionales hicieron inútiles esfuerzos en el Consejo de los Quinientos para combatirlos; pero fueron aprobadas, y no quedó ya esperanza sino en el Consejo de los Ancianos.

Los constitucionales, enemigos moderados del Directorio, veían con el mayor pesar la marcha que se daba al Consejo de los Quinientos: habían esperado que la unión de un nuevo tercio les sería más bien útil que perjudicial; que tendría por único efecto cambiar la mayoría, y que llegarían á ser dueños del cuerpo legislativo. Su jefe, Carnot, había concebido las mismas ilusiones; pero veíanse unos y otros impelidos más allá del objeto, y podían reconocer en aquel caso, como en todos los demás, que detrás de toda oposición se encontraba la contrarrevolución con sus malas ideas. Tenían mucha más influencia entre los Ancianos que entre los Quinientos, y esforzábanse en promover la desaprobación de las resoluciones relativas á la Hacienda.

Carnot tenía un afectuoso amigo en el diputado Lacuée; mantenía también relaciones con Dumás, antiguo representante de la Legislativa, y podía contar con la influencia de Portalis, Tronçon-Ducoudray, Lebrún y Barbé-Marbois, todos ellos adversarios moderados del Directorio, que condenaban los arrebatos del partido de Clichy. Gracias á los esfuerzos reunidos de estos diputados y á las disposiciones del Consejo de los Ancianos, rechazáronse las primeras proposiciones de Gilbert-Desmoulières, que prohibían al Directorio dirigir las negociaciones de la Tesorería, fijar el orden de los pagos y confundir lo ordinario con lo extraordinario. Esta negativa causó gran satisfacción á los constitucionales y en general á todos los hombres moderados que temían una lucha. Carnot se regocijó en extremo esperando nuevamente que se pudiera contener á los *clichinos* por el Consejo de los Ancianos y que la dirección de los negocios quedaría para sus amigos y para él.

Pero esto no pasaba de ser un pobre paliativo: en el club de Clichy se oían las más violentas declamaciones contra los Ancianos ó ideábanse nuevos proyectos de acusación contra el Directorio. Gilbert-Desmoulières volvió á sus primeras proposiciones, rechazadas por los Ancianos, con la esperanza de que las aceptasen en una segunda deliberación, presentándolas bajo una forma diversa.

En los Quinientos se sucedieron las resoluciones de toda especie contra el gobierno: prohibióse á los diputados aceptar empleos un año antes de su salida del cuerpo legislativo, é Imbert-Colomés, que se correspondía con la corte de Blankenburgo, propuso privar al Directorio de la facultad, concedida por una ley, de examinar las cartas procedentes del extranjero. Aubry, el mismo que después del 9 termidor efectuó una reacción en el ejército y que en 1795 destituyó á Bonaparte, propuso retirar al Directorio el derecho de destituir á los oficiales, lo cual le privaba de una de sus más importantes prerrogativas constitucionales. Propuso además agregar á los mil doscientos granaderos que formaban la guardia del cuerpo legislativo una compañía de artilleros y un escuadrón de dragones, confiando el mando de toda esta guardia á los inspectores de la sala del cuerpo legislativo, proposición ridícula que parecía anunciar preparativos de guerra. Denunció el envío de un millón al ordenador de la marina de Tolón, envió que Bonaparte hizo directamente, sin la mediación de la Tesorería, á fin de acelerar la salida de la escuadra que necesitaba en el Adriático.

De este millón se apoderó la Tesorería remitiéndole á París. Hablóse de envíos semejantes hechos del mismo modo por el ejército de Italia á los de los Alpes, del Rhiin y del Sambre y Mosa, y se presentó un extenso informe acerca de nuestras relaciones con los Estados Unidos. A pesar de la razón que el Directorio podía tener en sus desavenencias con esta nación, se le censuró amargamente; y por último, el furor de denunciar y relatar todas las operaciones del gobierno indujo á los clichinos á dar un último paso que fué por su parte una funesta imprudencia.

Los acontecimientos de Venecia habían llamado la atención de toda Europa: desde el manifiesto de Palma Nova, aquella república quedó aniquilada y la de Génova en revolución, sin que el Directorio participase

una sola palabra de este asunto á los Consejos. La causa de aquel silencio estaba, como hemos visto, en la rapidez de las operaciones, rapidez tal, que Venecia no existía ya cuando se iba á deliberar sobre la guerra en el cuerpo legislativo. El tratado que siguió después no se había sometido aún al debate y tratábase de hacerlo en pocos días. En cuanto á lo demás, menos enojaba el silencio del Directorio que la caída de los gobiernos aristocráticos y los progresos de la revolución en Italia. Dumolard, aquel orador difuso, que hacia cerca de dos años no cesaba de combatir al Directorio en el Consejo de los Quinientos, resolvió presentar una proposición relativa á los acontecimientos de Venecia y Génova. La tentativa era audaz, porque no se podía atacar al Directorio sin atacar también al general Bonaparte; era preciso arrostrar para ello la admiración universal y una influencia que había llegado á ser enorme desde que Bonaparte impuso al Austria la paz y desde que, político y guerrero, parecía regir en Milán los destinos de Europa. Todos los clichinos que conservaban alguna prudencia hicieron esfuerzos para disuadir á Dumolard de su plan; pero persistió en él, y en la sesión del 5 mesidor (23 junio) presentó su proposición de orden sobre los acontecimientos de Venecia.

«La fama, dijo, cuyo vuelo no se puede contener, ha divulgado por todas partes el rumor de nuestras conquistas sobre los venecianos y la asombrosa revolución que las ha coronado. Nuestras tropas se hallan en su capital; se nos ha entregado su marina; el más antiguo gobierno de Europa queda aniquilado, reapareciendo de improviso bajo formas democráticas, y nuestros soldados, en fin, desafiando las olas del Adriático, son trasladados á Corfú para completar la nueva revolución... Admitiendo estos acontecimientos por seguros, se sigue que el Directorio ha hecho embozadamente la guerra y la paz, y bajo algunos conceptos, un tratado de alianza con Venecia; y todo esto sin nuestro concurso... ¿No somos ya, pues, ese pueblo que ha proclamado en principio y sostenido por la fuerza de las armas que bajo ningún pretexto corresponde á las potencias extranjeras inmiscuirse en la forma del gobierno de otro Estado? Ofendidos por los venecianos, ¿teníamos derecho á declarar la guerra á sus instituciones políticas? Vencedores y conquistadores, ¿nos correspondía acaso tomar una parte activa en su revolución, al parecer inopinada? No trataré de averiguar aquí cuál es la suerte reservada á Venecia, y sobre todo á sus provincias de tierra firme; ni examinaré tampoco si su invasión, meditada tal vez antes de los atentados que sirvieron de motivo, no deberá figurar en la historia como digna imitación del repartimiento de Polonia. Me contentaré en estas reflexiones para preguntar, con el acta constitucional en la mano, cómo el Directorio puede justificar la ignorancia absoluta en que trata de mantener al cuerpo legislativo acerca de esta multitud de acontecimientos extraordinarios.»

Después de ocuparse en los acontecimientos de Venecia, Dumolard habló de los de Génova, que ofrecían, según dijo, el mismo carácter, é hizo suponer la intervención del ejército francés y de sus jefes. También habló de Suiza, con la que mediaban diferencias, como aseguró, por un derecho de navegación; y preguntó si se quería introducir la democracia en todos los Estados

aliados de Francia. Elogiando con frecuencia á los héroes de Italia, no habló una sola vez del general en jefe, cuyo nombre no dejaban de pronunciar todos, cuando se presentaba ocasión, acompañándole de extraordinarios elogios. Dumolard terminó proponiendo un mensaje al Directorio para pedirle explicaciones sobre los acontecimientos de Venecia y de Génova y acerca de las relaciones de Francia con Suiza.

Esta proposición causó general asombro, demostrando la audacia de los clichinos; pero debía costarles cara muy pronto. Entretanto, hasta que llegase la hora



Lebrún

de sufrir las tristes consecuencias, mostrábanse muy arrogantes, proclamaban en alta voz sus grandes esperanzas, y parecía que iban á ser pronto los dueños del gobierno. En todas partes reinaba la misma confianza é imprudencia que en vendimiario; los emigrados volvían en tropel; enviábanse de París á todos los puntos de Europa muchos pasaportes y certificados de residencia falsos; comerciábase con estos documentos en Hamburgo; y los emigrados se introducían en el territorio por Holanda, Alsacia, Suiza y el Piemonte. Atraídos por el amor que tienen los franceses á su hermosa patria, y por los padecimientos y disgustos sufridos en el extranjero; no teniendo por otra parte nada que esperar de la guerra, desde las negociaciones entabladas con Austria, y debiendo por el contrario temer el licenciamiento de los cuerpos de Condé, iban á intentar, por la paz y las intrigas del interior, la contrarrevolución que no pudieron llevar á cabo con el concurso de las potencias europeas. Por otra parte, á falta de una contrarrevolución, querían por lo menos volver á ver su patria y recobrar una parte de sus bienes. En efecto,

gracias al interés que por doquiera se les mostraba, érales fácil comprarlos de nuevo. El agiotaje con los diversos papelés admitidos en pago de bienes nacionales, la facilidad de adquirirlos á muy poco precio, el interés de las administraciones locales por las antiguas familias proscritas y la complacencia de los postores, que se retiraban cuando un propietario hacía comprar sus tierras bajo nombres supuestos, permitían á los emigrados recobrar sus patrimonios con escasas sumas. Los sacerdotes, sobre todo, volvían en tropel, siendo acogidos por todos los devotos de Francia, quienes los alojaban, alimentaban y ofrecían capillas en sus casas, sosteniéndolos con el producto de los donativos. La antigua jerarquía eclesiástica quedaba restablecida clandestinamente, sin reconocerse ninguna de las nuevas circunscripciones de la constitución civil del clero. Las antiguas diócesis existían aún; y los obispos y arzobispos las administraban, correspondiéndose con Roma. Por ellos y por su ministerio se ejercían todas las prácticas del culto católico, confesaban, bautizaban y casaban á las personas que habían permanecido fieles á la antigua religión. Todos los chuanes ociosos acudían á París para reunirse con los emigrados, cuyo número, según decían, pasaba de cinco mil. Al ver la conducta de los Quinientos y los peligros del Directorio, pensaban que bastarían algunos días para producir la catástrofe tan largo tiempo deseada. Las cartas que dirigían al extranjero iban llenas de esperanzas, y así es que manifestaban la mayor alegría cuantos rodeaban al príncipe de Condé, cuyas tropas se retiraban á Polonia, al pretendiente que se hallaba en Blankemburgo y al conde de Artóis que residía en Escocia. Con el mismo delirio que en Coblenza, cuando creían entrar antes de quince días en pos del rey de Prusia, se proyectaba á la sazón regresar, y se hablaba y se tenía como cosa ya segura. Los pueblos inmediatos á nuestras fronteras estaban llenos de gente que aguardaban con impaciencia el momento de volver á Francia; y á todos estos indicios debe por fin añadirse el lenguaje de los periódicos realistas, cuyo furor aumentaba con la temeridad y esperanza del partido.

El Directorio no ignoraba por medio de su policía todos aquellos movimientos, viendo cuán de acuerdo estaba la conducta de los emigrados y la marcha de los Quinientos con la declaración de Duverne de Presle, para demostrar la existencia de una verdadera conspiración. Duverne de Presle había delatado como cómplices, sin expresar sus nombres, á ciento ochenta diputados, no habiendo designado en particular más que á Lemerer y Mersán, y diciendo que los demás eran todos los que componían la sociedad de Clichy. En esto se equivocó, como hemos visto. La mayor parte de los clichinos, excepto cinco ó seis, obraban por extravío de opinión y no por complicidad; pero el Directorio, engañado por las apariencias y por la declaración de Duverne de Presle, los creía mezclados á sabiendas en el complot, y no veía en ellos más que conjurados. Un descubrimiento que Bonaparte hizo en Italia le reveló cierto secreto importante, que corroboró más sus temores. El conde de Entraigues, agente del pretendiente, mediador con los intrigantes de Francia y confidente de todos los secretos de la emigración, se había refugiado á Venecia. Cuando entraron en ella los franceses,

le cogieron y entregaron á Bonaparte, que en vez de enviarle á Francia para ser fusilado como emigrado y conspirador, se apiadó y prefirió valerse de él y de sus indiscreciones. Señalóle por cárcel la ciudad de Milán, le facilitó algunos auxilios pecuniarios, y halló medio de que le descubriese todos los secretos del pretendiente. Entonces supo toda la historia de la traición de Pichegrú, que seguía oculta para el gobierno y de que sólo Rewbell tenía ciertas sospechas á las cuales no dieron oídos sus colegas. Entraigues contó á Bonaparte todo cuanto sabía, enterándole de las intrigas de los emigrados, y además de estas revelaciones, el general logró datos curiosos por medio de los papeles que encontró en Venecia en la cartera de Entraigues. Entre otros documentos había uno muy importante que refería una larga conversación de Entraigues con el conde de Montgaillard, en que éste contaba la primera negociación entablada con Pichegrú y frustrada por la obstinación del príncipe de Condé. Entraigues la escribió (1) y se halló entre sus papeles, que inmediatamente firmaron Berthier, Clarke y Bonaparte para darle autenticidad, y la enviaron á París.

El Directorio guardó secreto como con la declaración de Duverne de Presle, esperando ocasión de que le fuese útil, pero no existió ya duda del papel que Pichegrú desempeñaba en el Consejo de los Quinientos, explicándose por él sus derrotas, su extraña conducta, su mal comportamiento, su oposición á ir á Estocolmo y su influjo sobre los clichinos, y se dió por supuesto que preparaba la contrarrevolución al frente de los ciento ochenta diputados que eran sus cómplices.

Los cinco directores hallábanse divididos de resultas del nuevo sistema adoptado por Carnot, á quien se había agregado Barthelemy. Sólo quedaban afectos á la marcha del gobierno Barras, Rewbell y Larevelliere-Lepeaux; y aun estos tres directores no tenían mucha unión, porque Rewbell, convencional moderado, odiaba á Barras, como secuaz de Dantón, teniendo además la más invencible aversión á sus costumbres y carácter. Larevelliere tenía cierta intimidad con Rewbell, pero pocas relaciones con Barras; y la unión de los tres directores consistía en la habitual conformidad de sus votos. Los tres se hallaban muy irritados contra la facción de Clichy; y Barras, aunque recibía en su casa á los emigrados por su ligereza de costumbres, no dejaba de repetir que montaría á caballo, y que empuñando el sable, iría al frente de los arrabales á dar de sablazos á todos los contrarrevolucionarios de los Quinientos. Rewbell no se expresaba de este modo; veíalo todo perdido, y aunque resuelto á cumplir con su deber,

(1) Mr. de Montgaillard ha sostenido en su obra, llena de calumnias y de errores, que este documento contenía hechos verdaderos, pero que era falso y había sido confeccionado por Bonaparte, Berthier y Clarke. Está probado lo contrario; y se concibe el interés que tenía Mr. de Montgaillard en justificar á su hermano de la conversación que se le atribuye en aquel escrito; pero es difícil desde luego suponer que tres personajes de tal importancia osasen cometer una falsificación. Estos actos son tan raros en nuestros días como los envenenamientos. Clarke fué destituido después de fructidor, y figuraba en el partido de Carnot, siendo poco probable que se prestara á confeccionar documentos en apoyo de fructidor. Por otra parte, el documento era muy insuficiente para el uso á que se le destinaba, y caso de hacer una falsificación, se habría hecho completa. Todo prueba, pues, la mentira de Mr. de Montgaillard.

opinaba que sus colegas y él no tendrían muy pronto más recurso que la fuga. Larevelliere-Lepeaux, dotado de tanto valor como probidad, pensaba que era preciso hacer frente á la borrasca é intentarlo todo para salvar la república. Libre el corazón de odio, podía servir de lazo entre Barras y Rewbell y había resuelto ser su intermediario. Dirigióse desde luego al segundo, cuya probidad y luces estimaba muchísimo, y explicándole sus intenciones, preguntóle si quería contribuir á salvar la revolución. Rewbell acogió celosamente sus proposiciones, prometiendo la más completa abnegación. Tratábase de asegurarse de Barras, cuyo lenguaje enérgico no bastaba para tranquilizar á sus colegas; y no suponiendo en él probidad ni principios, y al verle rodeado de todos los partidos, creíanle tan capaz de venderse á la emigración como de ponerse un día á la cabeza de los arrabales y dar un terrible golpe de mano. Temiendo tanto una de esas cosas como la otra, querían salvar la república por un acto enérgico, pero no comprometerla con nuevos asesinatos. Atemorizados con las costumbres de Barras, desconfiaban demasiado de él: Larevelliere se encargó de hablarle, y satisfecho Barras de coligarse con sus dos colegas, asegurándose de su apoyo, y lisonjeado sobre todo con su alianza, adhirióse completamente á sus proyectos, pareciendo prestarse á todas sus miras. Desde aquel momento contaron ya con formar una mayoría compacta, y anular del todo con sus tres votos reunidos la influencia de Carnot y Barthelemy.

Tratábase de saber qué medios se emplearían para burlar la conspiración que en su concepto tenía tan grandes ramificaciones en ambos Consejos. Valerse de las vías judiciales; denunciar á Pichegrú y sus cómplices, pedir el acta de acusación de los Quinientos y mandar juzgarles después, era cosa imposible de todo punto. En primer lugar, sólo se tenía el nombre de Pichegrú, el de Lemerer y Mersán; creíase reconocer á los otros por sus relaciones, sus intrigas y sus violentas proposiciones en el club de Clichy y en el Consejo de los Quinientos; pero no se les nombraba en ninguna parte. Hacer condenar á Pichegrú y á dos ó tres diputados no era destruir la conspiración; y además, no se tenían ni aun los medios de condenar á Pichegrú, á Lemerer y Mersán, porque las pruebas existentes contra ellos, aunque llevasen en sí la convicción moral, no bastaban para que los jueces pronunciaran una condena. Las declaraciones de Duverne de Presle y las de Entraigues eran insuficientes sin el auxilio de las deposiciones orales; mas no estaba aquí la dificultad más grande: aunque se hubiesen tenido contra Pichegrú y sus cómplices todos los documentos de que se carecía, era preciso arrancar el acta de acusación á los Quinientos; y aun cuando las pruebas fuesen más claras que la luz del día, la mayoría actual no se hubiera adherido nunca, porque era entregar el culpable á sus propios cómplices. Tan evidentes eran estas razones, que apesar de su amor á la legalidad, Larevelliere y Rewbell hubieron de renunciar á toda idea de un juicio regular, debiendo resolverse á dar un golpe de Estado; triste y deplorable recurso, pero que en su situación y con sus alarmas era el único posible. Decididos por los medios extremos, no los querían sin embargo sangrientos, y trataban de contener las tendencias revolucionarias de

Barras. Sin estar de acuerdo acerca del modo y la hora de la ejecución, fijáronse en la idea de mandar detener á Pichegrú y á sus ciento ochenta supuestos cómplices, denunciarlos al cuerpo legislativo depurado, y pedirle una ley extraordinaria que decretase su destierro sin juicio. En su extremada desconfianza, engañábanse acerca de Carnot; olvidaban su vida pasada, sus rígidos principios y su obstinación, y le contemplaban casi como un traidor. Temían que en unión con Barthelemy se hallase en el complot de Pichegrú, pues su empeño en colocar la oposición alrededor suyo y hacerse su corifeo, era á sus ojos fascinados una prueba de complicidad criminal. Sin embargo, no se hallaban enteramente convencidos; pero resueltos á un golpe audaz, no querían obrar á medias, y estaban dispuestos á descargar su saña contra los culpables, aunque estuviesen á su lado y en el seno mismo del Directorio.

Convinieron en prepararlo todo para la ejecución de su proyecto, y espiar cuidadosamente á sus enemigos, á fin de aprovechar el momento en que fuera oportuno sorprenderlos. Resueltos á un acto tan audaz, necesitaban apoyo: el partido patriota, único que podía proporcionarle, dividiase, como en otro tiempo, en dos clases; los unos, siempre furiosos desde el 9 termidor, no se habían aplacado en el espacio de tres años; no comprendían de ningún modo la marcha forzada de la revolución; consideraban el régimen legal como una concesión hecha á los contrarrevolucionarios, y no querían sino venganza y proscipciones.

Aunque el Directorio les hubiese humillado en la persona de Babeuf, hallábanse dispuestos, con su ordinaria abnegación, á volar en su auxilio; pero era demasiado peligroso emplearlos, y cuando más, se les podría regimenter en un día de extremo peligro, como se había hecho en el 13 vendimiario, y contar con el sacrificio de su vida. Bastante habían probado junto á Bonaparte, en la escalinata de la iglesia de San Roque, de qué eran capaces en un día de peligro. Además de estos ardientes patriotas, casi todos comprometidos por su celo ó su participación activa en la revolución, existían los patriotas moderados de una clase superior, que aprobando más ó menos la marcha del Directorio, querían no obstante la república apoyada en las leyes, viendo el peligro inminente á que se hallaba expuesta por la reacción. Estos respondían perfectamente á las intenciones de Rewbell y Larevelliere, y podían prestar un auxilio al Directorio, si no con la fuerza, al menos con la opinión. Véaseles alternativamente en los salones de Barras, que representaba allí á sus colegas, ó en los de madama Stael, que no había salido de París, y que por el encanto de su talento reunía á su alrededor siempre lo más brillante de la sociedad francesa. Benjamín Constant figuraba en primera línea por sus luces y por los escritos que había publicado en favor del Directorio. También estaba allí Mr. de Talleyrand, que borrado de la lista de los emigrados hacia los últimos tiempos de la Convención, hallábase en París, deseoso de emprender la carrera de los grandes cargos diplomáticos. Estos hombres distinguidos, que componían la sociedad del gobierno, habían resuelto formar una reunión que contrarrestase la influencia de Clichy y discutiese en sentido contrario las cuestiones políticas: fué llamada círculo constitucional, y reunió muy pronto á